

Mayo 26

Cuando el ejército chileno marchaba hacia el enemigo y las bandas ponían en juego sus instrumentos los capellanes bendijeron a la tropa, la cual conforme a Ordenanza se hincó, con una rodilla en tierra, y entonces el virtuoso sacerdote don Ruperto Marchant Pereira, que era uno de los capellanes, alzando las manos con profunda y comunicativa emoción pronunció estas palabras:

“Hermanos: antes de morir por la Patria, elevad el corazón a Dios”.

Los cuerpos desfilaron en marcha apresurada hasta un punto en que se les ordenó hacer alto. Instantes después el grandioso anfiteatro resonó con el estampido de todos los cañones, al que contestaron los de los aliados, pudiéndose comprobar entonces que la artillería contraria tenía mucho más alcance que el manifestado en el reconocimiento del 22. Cada sección se batía con la que tenía en frente: la artillería peruana de Panizo contra la de Salvo; la del centro de Palacios contra la de Fuentes; la boliviana de Flores contra la de Fontecilla; y las piezas de Novoa y Frías sembraban sus proyectiles sobre toda la línea de la alianza. El campo de batalla se cubrió de humo. Nubes de gasa envolvieron a los combatientes y el tul se rasgaba con los fogonazos que precedían al horrible estampido. Las punterías siendo bien dirigidas de ambos lados no produjeron efecto en ninguno. El testimonio de los dos campos hace completa fe en este punto.

Capitanes desde el momento en que comenzó la ofensiva de nuestra infantería; las baterías de campaña quedaron más ligadas entre sí por su falta de movilidad.

“El papel de la artillería de montaña fué más activo por su movilidad, obrando siempre en más contacto con la infantería. La artillería de campaña, por lo pesado del suelo arenoso, interrumpido por sucesivas hondonadas y la falta de alturas dominantes, desempeñó un papel poco activo y eficaz, tanto en la preparación de la batalla como en el desarrollo de ella.

“La impresión dominante entre los oficiales en aquel tiempo, fué de que nuestra artillería no había jugado en la batalla el papel que le correspondía por la calidad de su material y número de piezas (36 cañones y 4 ametralladoras) y que el terreno y el orden frontal del combate no habían favorecido su empleo táctico”.

Campero refiere que el General Pérez, su Jefe de Estado Mayor, al ver perderse en el suelo los valiosos proyectiles chilenos, exclamaba: *¡Otra onza de oro perdida!*

El duelo de las piezas de cañón duró una hora, de 9 a 10 A. M. Los proyectiles de percusión penetraban en la arena mullida y blanda sin estallar. Entre tanto los cuerpos de infantería permanecían fuera del alcance de los rifles.

Avanzan las divisiones de Amengual y Barceló

A las 10 el Jefe de Estado Mayor ordenó a Amengual que entrara al fuego y a Barceló que lo siguiera guardando alguna distancia, precaución nacida de que Amengual tenía que abrirse oblicuamente para forzar la extrema izquierda del enemigo y para eso necesitaba más tiempo que Barceló. Ambos debían después embestir conjunta y simultáneamente las posiciones de Castro Pinto y de Camacho. Por esta circunstancia el que primero se comprometió en la acción fué Amengual. Este Jefe organizó su tropa en tres líneas paralelas y sucesivas de tal modo que pudieran reemplazarse o prestarse ayuda según las circunstancias.

Marchaba a la vanguardia de la 1ª división el batallón Valparaíso extendido en guerrillas, y a continuación la primera reserva, si tal puede llamarse, que era el batallón del Esmeralda que mandaba Holley y los Navales; la segunda reserva la formaban el otro batallón del Esmeralda dirigido por el Mayor Coke y el Chillán. Esta organización no duró sino lo que la marcha, porque la impetuosidad del soldado y la resistencia del enemigo acumulado sobre el punto amagado, hizo que todos los cuerpos de la división de Amengual se confundieran.

La 2ª división de Barceló avanzó llevando de vanguardia todas las compañías guerrilleras y detrás los regimientos y batallones en una línea, en la forma ya dicha.

La división de Amengual constaba de dos mil quinientos hombres incompletos; la de Barceló de dos mil próximamente. Esos 4.500 hombres resistieron durante hora y media solos contra las tres cuartas partes del ejército de la alianza.

Veamos separadamente la acción de cada división.

Las guerrillas del Valparaíso marcharon cubriendo una gran extensión de ese famoso glacis ondulado que protegía por el norte las posiciones de la alianza. Los fuegos enemigos le hicieron en el primer momento poco daño. Un oficial chileno de la artillería de campaña, que observaba con anteojos la línea contraria desde una eminencia, creyó ver que el enemigo se corría a su derecha debilitando el punto que servía de objetivo al ataque del Valparaíso y de toda la división, lo que avisó inmediatamente a este cuerpo y a Amengual. Engañadas por esta noticia las guerrillas subieron confiadamente una cresta de cerro o loma intermedia y fueron recibidas con descargas cerradas que les causaron gruesas pérdidas de vidas. El cuerpo sin intimidarse marchó al asalto con más resolución si cabe, confundido con sus reservas de las dos líneas. Avanzando siempre la división acortaba la distancia, de embestida en embestida, despreciando un fuego horroroso que se renovaba y multiplicaba con los refuerzos que acudían de todas partes en auxilio de los atacados. La división marchó triunfalmente mientras tuvo municiones llegando a colocarse muy cerca de la

La 1ª división llega hasta cerca de las líneas de Camacho

primera trinchera de Camacho. Eso se había conseguido en hora y media de fuego incesante. Cada soldado había entrado en acción con ciento treinta tiros, menos el Esmeralda que sólo tenía cien. A esa hora se encontró sin municiones, en lo más peligroso del ataque. El Coronel Amengual hizo partir a escape sus ayudantes a pedir las y como se demoraran pretendió lanzarse con la división a la bayoneta, pero no pudo hacerse oír por la confusión y el ruido. Quiso dar la orden por medio de su corneta de órdenes, pero había perecido. En tan aflictiva situación los oficiales, para levantar el ánimo de los soldados, les ofrecían que las municiones llegarían luego, y que mientras tanto se batieran con las pocas que tenían apuntando bien para no perder ninguna. Como la escasez aumentara, se recorrieron los heridos y muertos, y entre una descarga y otra los soldados les registraban las cananas. Como el combate arreciara con nuevas tropas de refresco de Camacho, la división hubo de abandonar el terreno tan gloriosamente conquistado y retroceder al punto en que permanecía el regimiento de Granaderos con el arma al brazo.

Dejémosla en ese momento crítico y trasladémonos a la sección de Barceló, donde a esa hora ocurría lo mismo.

Embiste la división de Barceló La 2ª división entró al fuego con la arrogancia desplegada por la otra. En su primer avance hubo un incidente digno de recuerdo. El Regimiento Nº 2, viudo de su estandarte y viendo delante de sí al Zepita, su victimario de Tarapacá, marchó de carrera al asalto. Llegado a cierto punto, los cornetas tocaron alto y el Regimiento se hizo el que no oía y siguió avanzando. Se repitió el toque por segunda vez, inútilmente, y el cuerpo se lanzó temerariamente adelante. En la división de Amunátegui que seguía estos movimientos a la distancia con la atención y emoción que es de suponer, se oyó una voz que dijo: *¡El 2º se pasó!* Efectivamente se había pasado. El Regimiento iba en busca de su bandera y de su venganza. Toda la división se comprometió en el fuego en cortos momentos y atropellando los obstáculos llegó a las trincheras esparcidas en el frente del campamento enemigo, donde se encontraba en el momento que he llamado la hora crítica de la 1ª división, a ochenta metros de la arista delantera de los aliados, batiéndose casi cuerpo a cuerpo, cuando se oyó este dicho fatídico repetido por miles de labios: *¡No tenemos municiones! ¡No tenemos municiones!* Barceló hizo lo que Amengual. Despachó sus ayudantes unos tras otros, de carrera, a apurar las carretas cargadas con los proyectiles, y mientras tanto los soldados disparaban los pocos tiros que se pudieran proporcionar quitándoselos a los heridos y a los muertos, y, como sus compañeros de la derecha, tuvieron que retroceder batiéndose para apoyarse en la 3ª división que permanecía a la retaguardia esperando anhelosamente la orden de moverse. Ocurría esto más o menos a las 12.30. El fuego intenso había durado más de hora y media. Habría podido creerse que la batalla estaba perdida por los chilenos, pero no era así. Hasta entonces no había entrado en acción más del cuarenta por ciento del ejército.

La 1ª y 2ª división se retiran batiéndose

Muchos lances dramáticos ocurrieron en aquellos breves momentos en que las divisiones chilenas tuvieron que batirse en retirada, en espera de municiones; pero antes de referirlos veamos qué ocurría en el ejército aliado.

Amengual y Barceló se batían con casi todo el ejército Perú-boliviano. Camacho había comprendido el efecto decisivo del movimiento de Amengual

si conseguía tomarle la retaguardia. Sabía que en tal caso la batalla se perdería totalmente y tanto Campero como él cargaron sobre esa sección todos los re- fuerzos de que podían disponer. Primero Camacho comprometió sus reservas haciéndolas pasar de la retaguardia a la primera línea. Luego después pidió re- fuerzos a Castro Pinto, quien le envió dos divisiones peruanas la 4ª y la 5ª, y Campero sacó personalmente de la extrema derecha el Alianza o Colorados y el Sucre, bolivianos, y los condujo al frente de la división de Amengual en el mo- mento crítico en que se hacía notar en forma más apremiante la falta de pro- yectiles. La línea de la alianza se corrió hacia su izquierda para evitar el flan- queo, porque el ataque vigoroso era sobre ese punto, y la derecha, o sea el sec- tor de Montero, no fué amagado por la división de Barboza sino cuando la ba- talla estaba bastante avanzada por Barceló y Amengual.

Al presenciar la retirada de los chilenos, Castro Pinto y Camacho se con- sideraron victoriosos y dieron orden de perseguirlos. Los cuerpos de la alianza

Salen los cuerpos de la Alianza a perseguir a los chilenos

del centro y de la izquierda avanzaron en la desolada pla- nicie que había presenciado tantos heroísmos, la que esta- ba cubierta de cadáveres y de heridos de las divisiones chi- lenas, que el deficiente servicio de las ambulancias no ha- bía podido recoger. Fué aquel un momento atroz, porque los cuerpos boliviana- nos y peruanos ultimaban sin compasión a los que yacían inermes en el suelo sin poder retirarse. Se ignora quienes fueron los sacrificados entonces a la sa- ña implacable de la guerra, pero se sabe de uno, del teniente don Rafael To- rreblanca, el glorioso oficial de Pisagua y de los Angeles, cuya vida es un poe- ma de heroísmo. Cuando Atacama cumpla el deber de erigir un monumento a los hijos inmortales de su suelo, el Teniente Torreblanca tendrá que ocupar un lugar preferente en la gratitud de sus recuerdos.

Mientras este terrible drama se desarrollaba en el glacis delantero de los aliados aparece en la escena el Coronel Lagos, quien saliendo de su papel de ayudante del General en Jefe llegaba a la línea de combate cuando se pronun- ciaba la retirada, y al ver destrozada la división de su querido compañero Bar- celó, que ya estaba herido, y a los dos primeros jefes de su cuerpo favorito, el Comandante León y el Mayor Silva Arriagada moribundos, Lagos se cubrió la cara con las manos diciendo: *¡Mis pobres Santiagos!* y clavando los ijares de su bridón corrió a instar al General Baquedano que permitiera avanzar a la di- visión de Amunátegui, que permanecía formada, intacta, esperando órdenes, y luego después volviendo rápidamente la llevó al fuego, en protección de Amen- gual y de Barceló. El Coquimbo reforzó a la 2ª división; el Chacabuco y la Ar- tillería de Marina, a la 1ª.

Bajas en las divisio- nes chilenas

Puede decirse que la mayor parte de las bajas del día en el ejército chileno se habían producido ya en ese momento, porque lo duro y sangriento de la batalla fué esa hora y me- dia primera y sobre todo ese retroceso, batiéndose contra los que se creían vic- toriosos. Aquí tendré que repetir lo que he dicho en cada una de las descrip- ciones de combates: carezco de los medios de saber en qué momento rindieron su vida los gloriosos hijos de Chile que se sacrificaron por la Patria. Los partes oficiales no lo establecen ni podrían hacerlo. Las relaciones contemporáneas de prensa son en la generalidad de los casos fuente que la historia no puede acep- tar sin la mayor reserva. Pero lo que ocurría en el Santiago sucedía en los demás

cuerpos; muchos habían pagado su tributo de sangre. En la división de Amenguál el Valparaíso tuvo un capitán muerto y cuatro oficiales heridos, el Esmeralda dos oficiales muertos y diez heridos, entre éstos el Sargento Mayor Coke, el capitán don Rafael Ovalle, el teniente don Aristides Pinto Concha y otros más. Los Navales un oficial muerto, su primer Jefe Urriola herido, siete oficiales más también heridos. El Chillán, tres oficiales muertos, seis heridos. En la división de Barceló el Regimiento N.º 2 la mitad de su oficialidad muerta o herida; el Atacama trece, entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el hijo del Comandante Martínez, quien contestó con espartano estoicismo a las expresiones de condolencia que le dirigió el General en Jefe. El Santiago tuvo cinco oficiales muertos, catorce heridos. Lo repito, estas fueron las bajas totales del día en oficiales, y si bien no se puede determinar el momento en que ocurrieron, el mayor porcentaje corresponde a esa primera fase de la batalla.

Las peticiones reiteradas de municiones por medio de los ayudantes no habían dado resultado, porque las mulas no podían arrastrar los carros en la arena, a pesar de que las estimulaban con sus gritos y ayuda numerosos soldados, unos azotándolas, otros empujando las ruedas, visto lo cual los Carabineros de Bulnes se lanzaron a tomar los cajones con proyectiles en los momentos en que hacían igual cosa algunos oficiales sueltos, entre los cuales mencionan los partes al capitán del Esmeralda don Patricio Larrain Alcalde. Unos y otros llevándolos en la delantera de las sillas llegaron al punto en que se encontraban las divisiones en retirada y allí ocurrió un nuevo inconveniente. Las cajas estaban atornilladas y no había medio de levantar las tapas con la rapidez que el caso requería. Esos hombres sedientos de gloria la tenían al alcance de su mano y no podían usarla. La dificultad fué vencida, pero en el entretanto se había producido un hecho decisivo. Vergara quiso detener el avance del enemigo en el glacis con la caballería, y al efecto colocándose al frente de los Granaderos

Carga de los Granaderos: Vergara y Yávar

junto con el Comandante Yávar sacaron este cuerpo de la posición en que permanecía, y se lanzaron a carrera tendida contra la triunfante infantería de Camacho. Llevaba Vergara a su lado, en clase de ayudante, al ingeniero don Augusto Orrego Cortés, el que describiendo esta carga refiere que al pasar la caballería al lado de los infantes chilenos estos se detenían y les gritaban con arrogancia, temerosos de que se diera una falsa interpretación a su retroceso:

¡Nos retiramos porque no tenemos municiones!

"Jamás, dice, he tenido más alta idea del valor humano que al ver a esos hombres que se retiraban fríos, tranquilos, sin apresurarse, para huir de un enemigo que los fusilaba impunemente por la espalda, a fin de que no se atribuyese al miedo un acto legítimo y obligado".

Era imposible arrollar con cuatrocientos o quinientos jinetes una masa militar sextuple a lo menos, en una planicie descubierta en que los agredidos no erraban tiro, a lo menos sobre los caballos. El Jefe que allí mandaba, que debía ser todavía Camacho hizo detener su columna y la formó en cuadros apretados con tres frentes, al estilo romano, de tal modo que la caballería chilena tuvo que oblicuar para sustraerse a la lluvia de balas que la cubría, pero el objeto de la operación

El enemigo detiene su avance

se había conseguido, porque tanto los cuerpos de Camacho como los de Castro Pinto, que marchaban en la misma línea, se detuvieron y hubo tiempo para que los chilenos recibiesen las municiones que llevaban por delante de sus monturas los Carabineros de Yungay y para que Lagos condujese al fuego la división de Amunátegui.

El espíritu de crítica contra Vergara hizo hincapié, y aun lo consigna uno de los partes, que los Granaderos atropellaron y ultimaron algunos soldados de Navales creyéndolos peruanos o bolivianos. En efecto, así sucedió, lo que es muy explicable, en la impetuosidad de una carga violenta, pero ocurrió en escala muy pequeña, en uno que otro caso aislado, y en cambio el efecto moral de la arrogante embestida fué inmenso en el enemigo, el que desde ese momento no avanzó del punto en que se encontraba.

La carga de los Granaderos coincidió con el avance de la 3ª división y con el movimiento de la Gran Reserva hacia la línea.

No está individualizada la parte que cupo a los cuerpos de Amunátegui en la gloriosa decisión final de la batalla, pero debe haber sido considerable a juzgar por su gran número de bajas. Revueltos con los soldados de Amengual y de Barceló pagaron abundante tributo de sangre sin señalarse como entidad separada. Desde que esa división entró en combate la resistencia del enemigo declinó notablemente. Esos cuerpos de refresco, descansados, bien amunicionados, tomaron la delantera de los que soportaban el cansancio del combate; la Artillería de Marina reforzando al Chillán y al Esmeralda; el Coquimbo al Regimiento N° 2; el Chacabuco al Santiago, todos desplegados en guerrillas como temible guadaña, al frente de la línea. En ese segundo avance debe haber ocurrido el exterminio de algunos cuerpos de Camacho, peruanos y bolivianos, entre ellos los Colorados, que o no pudieron regresar oportunamente a sus líneas después de la carga de los Granaderos o que fueron cortados y fusilados. Antes de una hora las dianas saludaban la victoria definitiva en la cortina que protegía el frente del campamento de la alianza.

Nada resistió a esa segunda embestida y a la impresión panorámica de las masas negruzcas de la Gran Reserva aproximándose a paso acelerado al campo de batalla. Los aliados debieron decirse que si no habían podido vencer dos divisiones cuanto menos lo podrían ahora que entraban dos más de refresco. Y mayor fuera su desaliento si hubieran sabido que esa línea que avanzaba desde el Cuartel General correspondía al setenta por ciento del personal de las de Barceló y de Amengual juntos, y la formaban los soldados más veteranos y sólidos del ejército.

Antes que se decidiera la suerte de ese memorable día ocurrieron algunos incidentes dignos de recuerdo. La Artillería de Marina encontró en su avance algunos oficiales que habían sido cortados los que sin su auxilio habrían perecido inevitablemente. Entre ellos estaban el esforzado comandante del Chillán, Vargas Pinochet, el mayor del mismo cuerpo don Daniel García Videla, el Capitán Pinto, hijo del Presidente. Todos salvaron gracias a esa oportuna intervención.

El Coquimbo tuvo un episodio semejante al del Regimiento N° 2 en Tarapacá. El oficial abanderado llevaba el estandarte custodiado por las clases más veteranas. De repente la escolta se vió envuelta y el emblema estuvo a pun-

to de caer en manos del enemigo. Al verlo en peligro los encargados de su custodia se apiñaron a su alrededor formando pelotón, una cadena con tantos anillos de hierro como eran los corazones que formaban el círculo. El estandarte recibió diez balazos. El abanderado fué herido; le sucedió otro oficial de su grado, que también rodó por el suelo al pie del asta; los dos sargentos reemplazaron a los oficiales y fueron muertos, luego después dos cabos heridos y cuando los últimos defensores de la gloriosa enseña se batían a la desesperada, llegó en su auxilio un refuerzo que ahuyentó al enemigo.

En ese final de la acción fué herido de gravedad el Coronel Camacho y una granada destrozó al anciano General Pérez, Jefe de Estado Mayor del ejército boliviano que falleció en Tacna pocos días después.

Desorganización del Ejército aliado

La muerte de Camacho, pues tal se creyó en el primer momento, puso fin a la resistencia en la sección del ejército aliado que mandaba. La caballería fué la primera en emprender la fuga introduciendo la turbación en la infantería que siguió su ejemplo. A las 2 de la tarde no se veían sino fugitivos en el espacio comprendido entre el campo de batalla y el cauce del Caplina.

Hasta ahora hemos asistido al combate en la izquierda y centro donde tuvo lugar la parte cruda de la batalla. Falta conocer lo ocurrido a la 4ª división de Barboza, encargada de apoderarse de las posiciones de Montero. Barboza no encontró en su camino la tenaz resistencia que hallaron las divisiones 1ª y 2ª. Entró al fuego cuando la línea de los aliados estaba quebrantada en el centro y la izquierda. El corresponsal de un diario de La Paz escribía:

"El trayecto del campo de batalla a la ciudad de Tacna empezaba a ser vertiginosamente acudido por los derrotados del ala izquierda y por infinidad de particulares.

Entre tanto en el ala derecha el combate principiaba recién a tomar su vigor".

El Almirante Montero consigna en su parte oficial que por pedido del General Campero se deshizo de sus reservas en protección de Camacho y agrega:

"Poco tiempo después de enviado este refuerzo se comprometió el combate en toda la línea de batalla

Fuerzas de Montero

Sabiendo que la derecha enemiga estaba debilitada por la privación de sus principales fuerzas se comprende que en ese punto la lucha no haya podido ser tan recia como en el resto de la línea. Montero tenía para resistir a Barboza la 1ª división del Perú, Coronel Dávila, con dos cuerpos de infantería; un batallón paceño llamado el Murillo de poco personal; otro boliviano que un historiador de este país designa con el nombre de Zapadores; las fuerzas levantadas por Solar en Tacna; la artillería boliviana del Coronel Flores que ocupaba el fuerte, y tres escuadrones de caballería.

La división chilena desarrolló el ataque en la forma siguiente: el regimiento Lautaro, Comandante Robles, embistió sobre la izquierda de ese sector; Zapadores, Comandante Santa Cruz, sobre el centro; Cazadores del desierto, Comandante Wood, sobre la extrema derecha con el propósito de flanquear la posición, haciendo por ese costado un movimiento semejante al intentado en la otra extremidad por Amengual. En pequeña escala la división de Barbo-

za ejecutaba el movimiento táctico que inspiraba la dirección general del combate: un ataque vigoroso al centro combinado con movimientos envolventes por los extremos. A la retaguardia la artillería de Fontecilla disparando por elevación, y la caballería compuesta de tres escuadrones: dos del regimiento de Cazadores y el de Carabineros de Yungay N° 2, que aguardaban su turno sea para proteger la retirada como lo hicieron los Granaderos en el sector de Amengual, o para perseguir al enemigo.

Cada cuerpo de infantería desempeñó brillantemente su papel. El Lautaro arrolló cuanto encontró a su paso. Zapadores avanzó casi hasta tocarse con los aliados, donde cayó herido de muerte el Comandante Santa Cruz, atravesado el pecho por mortífera bala, y desgarrada el alma con el recuerdo de Tarapacá que amargó sus últimos días. Cazadores del Desierto flanqueó la posición, y cuando llegaba por la espalda al fuerte artillado del Coronel Flores se encontró con el Atacama que después de restablecido el combate en el centro con la entrada de la 3ª división había penetrado a las líneas contrarias convergiendo hacia ese lado. Todas las posiciones de la alianza fueron ocupadas por los chilenos. El enemigo huía a la desbandada por el desierto que conduce a Tacna. La batalla estaba ganada. Eran las 2.30.

La victoria

El General Baquedano ordenó que las divisiones se detuvieran en el campo tan gloriosamente conquistado. Deseaba evitar los excesos a que se prestaría la ocupación violenta de Tacna, pero el Coronel Amengual excitado con el calor de la victoria avanzó a la ciudad en la tarde de ese día, sin orden, acompañado del Comandante Bulnes y de algunos soldados de caballería del 1.er escuadrón de Carabineros de Yungay. Ese avance que no aprobó el General en Jefe fué útil, porque los Carabineros patrullaron la población y evitaron los excesos que habrían podido cometer los soldados sueltos, que penetraron a ella furtivamente escapados de sus campamentos.

En la misma tarde llegó a Tacna Vergara.

Los aliados huyeron en grupos dispersos; los bolivianos hacia la altiplanicie por el camino de Palca, Yarapalca, Corocoro; los peruanos por el de Arequipa pasando por Calientes, Tarata y Puno. Las fuerzas organizadas del Perú que escaparon de la derrota no excedían de 400 hombres, según se lo decía el Prefecto Solar a Piérola. En Tarata los jefes peruanos celebraron un Consejo de Guerra para resolver lo que debían hacer y se ocuparon en redactar los partes oficiales de la acción, los cuales están calculados para echar la responsabilidad de la derrota sobre el ejército boliviano. Por su parte los jefes de Bolivia hicieron lo mismo a la inversa. La historia no puede tomar partido en esas recriminaciones. Tanto los bolivianos como los peruanos, cumplieron igualmente con su deber. Los elogios que la prensa chilena prodigó al ejército de Bolivia, y sus ofensas al del Perú fueron la expresión de esa tendencia que procuraba acercarnos a aquel país por medio de exagerados halagos. No es efectivo que el ejército del Perú manifestara ese día menos resolución que el de Bolivia y de ello da testimonio la tabla de sus bajas. El Perú perdió en el Campo de la Alianza, muertos: seis coroneles, siete tenientes coroneles, catorce sargentos mayores, dieciocho capitanes, veinte tenientes, diecinueve subtenientes. Heridos un coronel, ocho tenientes coroneles, nueve sargentos mayores, veinticuatro capitanes, treinta y dos tenientes, veintisiete subtenientes. Total de bajas de ofi-

ciales, ciento ochenta y cinco. Las pérdidas de tropa guardan relación con esta cifra.

Las bajas chilenas La 1ª, 2ª y 3ª división chilena que soportaron el mayor peso de la batalla tuvieron también un terrible cuadro de bajas. Entre las tres juntaban un efectivo como 6.500 hombres, sin contar con la fuerza de artillería que tenía poco personal y con la caballería que, con excepción de los Granaderos, no intervino en la acción. De esos 6.500 hombres quedaron fuera de combate entre muertos y heridos 1.639, casi el treinta por ciento. La 4ª división tuvo el quince por ciento de bajas.

La Reserva general 17 heridos; ningún muerto.

El botín de guerra fué inmenso: 10 cañones, 5 ametralladoras, muchos rifles y un abundante parque de municiones de infantería y artillería (7).

- (7) La batalla de Tacna fué descrita en la época en relaciones calculadas las más veces para poner en evidencia la acción de un cuerpo o de un jefe o de un oficial. Fué muy comentada entonces una relación de la batalla escrita en *El Mercurio* por su corresponsal don Eloy Caviedes que mereció el singular honor de ser contradicha oficialmente en Bolivia por el Presidente General Campero en un mensaje dirigido a la Convención Nacional. Este extraño documento boliviano está publicado en el tomo 3º, página 123 de la *Colección de Ahumada Moreno*. Aparte del notable trabajo del General Vergara, citado en una nota anterior, debo mencionar unos artículos publicados en *El Mercurio* de Santiago del 26, 27 y 28 de mayo de 1907 por el general don Diego Dublé Almeyda intitulados *La jornada de Tacna*.

El Coronel Velásquez, jefe del Estado Mayor General en la acción, escribió a su esposa a raíz de la batalla la siguiente interesante carta que ha estado inédita hasta ahora.

"Tacna, mayo 30 de 1880. La última que le escribí estaba fechada en Ite. Al llegar a Sama donde el General, este caballero se opuso al reconocimiento que yo pensaba hacer. Vió después que era necesario, y el 22 lo efectuó con caballería, infantería montada y artillería. Dió un resultado feliz, pues supimos la clase de parapetos y posiciones que tenía el enemigo y conocí también la clase de artillería que tenían los peruanos y bolivianos. Regresé a Sama, y nuestra marcha con todo el ejército se emprendió el 25. En la noche de este día acampamos sobre una altura en Quebrada Honda, a poco más de dos leguas de las posiciones enemigas. Al amanecer del 26 teníamos una división del ejército aliado de 4 a 5.000 hombres a nuestro frente. Nos preparamos para atacarla y se retiró a los primeros disparos de nuestra artillería. Seguimos nuestra marcha y a las ocho y media de la mañana la artillería enemiga nos hizo fuego. Se colocaron nuestras baterías a 4.000 metros y contestaron esos fuegos.

El cañoneo duró hasta un poco antes de las 11. A esta hora dispusimos con el General el avance de nuestra infantería. Al efecto la 1ª y 2ª división con sus guerrillas al frente emprendieron la marcha en son de ataque. A 400 metros de distancia se rompió el fuego. Jamás he oído nada más tremendo. ¡Qué estruendo tan grande! Diez y seis mil rifles lanzaban el rayo de la muerte en todas direcciones.

Nuestros oficiales a la cabeza de sus soldados siguieron sin excepción ninguna, siempre de frente. La 2ª división de nuestro ejército se dirigió al centro del ejército enemigo donde estaba su poder y sus mejores parapetos naturales, no se detuvo un instante y aunque sus filas se disminuían considerablemente, siguió su intrépida marcha que terminó con la victoria. Nuestra 1ª división atacó por la derecha y aunque trepidó un tanto siempre fué valiente. La 4ª división chilena atacó por la izquierda y atacó tan limpiamente al enemigo que más que ataque parecía un simple ejercicio en el campo de instrucción. Nuestra 3ª división fué a proteger a la 1ª y a parte de la 2ª y les dió tan oportuno auxilio, que se confundió con ellas, llevando el espanto a la Alianza. Nuestra Reserva, compuesta de los Regimientos Buin, 3º y 4º de línea y Batallón Bulnes, es decir, las mejores fuerzas del ejército chileno, se movió tan gallardamente y en masas tan compactas que los peruanos, al verla abandonaron sus posiciones desesperados, y en completo desorden.

Nuestra caballería, que ocupaba los flancos, sólo pudo hacer una carga por nuestra derecha. Granaderos fué el que la dió.

Para qué le digo el papel brillante que desempeñó nuestra artillería. Hizo prodios

Terminada la batalla la caballería marchó en persecución del enemigo, pero no conociendo el terreno se detuvo cerca de Tacna donde pasó la noche. Sea cual fuera el motivo alegado para no hacer una persecución más eficaz, es el hecho que no se dió a esa operación toda la importancia que tenía, y los aliados pudieron continuar su fuga con armas, internándose en la cordillera, arrastrando dos cañones que condujo hasta La Paz un sargento mayor boliviano Soto. Al día siguiente temprano el comandante del Escuadrón N^o 2 de Carabineros, mayor don Rafael Vargas, continuó la persecución suspendida el anterior, tomando el cauce del Caplina y llevando además de su cuerpo un escuadrón de Granaderos y el regimiento de Cazadores. La tropa de caballería fué recibida a balazos por los dispersos atrincherados en las fuertes posiciones que ofrece la localidad, y Vargas engañado en cuanto a su número y suponiéndolos mucho más organizados de lo que estaban en realidad, regresó esa tarde a Tacna a comunicar al Cuartel General que los aliados conservaban un ejército cerca de Pachia, noticia trastornadora de la halagüeña impresión que se había formado el Cuartel General chileno sobre el combate del día anterior. Baquedano organizó entonces una fuerte división contra ese nuevo ejército imaginario de Pachia, la cual salió al día siguiente 28, formada por la reserva de línea que no había peleado en Tacna: el Buin, los regimientos 3^o y 4^o, el Bulnes, 2 baterías de campaña, una de montaña y tres escuadrones de caballería a las órdenes del Coronel Lagos.

En estas circunstancias Vergara se fué de Tacna a Ilo para tomar allí un vapor que lo condujera a Iquique. Deseaba comunicarse con el Gobierno por el cable.

Lagos regresó tres días después a Tacna sin encontrar las fuerzas enemigas que había indicado Vargas y mal habría podido hallarlas, pues, como se sabe, los dispersos desparramados por la pampa, o en grupos siguiendo el curso de las quebradas, donde saqueaban las viviendas para proporcionarse víveres, iban en busca de su país, de su choza, de su terruño, obedeciendo a la inclinación invencible a la fuga que tiene el habitante de la altiplanicie peruana o boliviana, cuando se ve libre de la mirada del jefe o del rigor de la disciplina.

gios. Los extranjeros en Tacna están sorprendidos de nuestra artillería y los peruanos dicen: *¡que gracia, pues: por eso ganan los chilenos!*

Vámos ahora a la parte ruda del asunto, el agua, las municiones, los víveres, los trenes de carretas y de estanques, las mulas, las ambulancias, el equipo y la conducción de diez mil artículos indispensables para nuestra marcha por el desierto. Todo esto, casi me ha vuelto loco. Pero felizmente nada ha faltado a nuestros soldados que llegaron a batirse, descansados, con bastantes municiones, y con el agua suficiente para todo el día de la batalla. Gracias a Dios.

Todavía no tenemos a Arica. Creo que la tendremos luego.
gran cantidad de municiones, tomadas al enemigo toda su artillería, menos dos piezas que tal vez caigan en nuestro poder.

Todavía no tenemos a Arica. Creo que lo tendremos luego.
Nuestras pérdidas son considerables, más de 90 oficiales entre muertos y heridos, diez jefes, más de 1.000 soldados.

Yo no tengo un momento de tiempo y ésta la he escrito a las seis de la mañana.

Si antes de que pueda mandar esta carta hay otras novedades se las diré. El enemigo va en desorden por las cordilleras. Peruanos y bolivianos a su país respectivo, cada uno por su lado".

A esto se debió que en la batalla de Tacna casi no hubiese otros prisioneros que los heridos tomados allí mismo o los que estaban ocultos en la población o en sus alrededores. Así, por ejemplo, Lagos regresó con 132 que capturó en su marcha, y un capitán de Carabineros de Yungay, pesquisando los huertos del valle con sólo cuatro soldados, tomó 139, de los cuales nueve oficiales y jefes.

Tal fué la batalla de Tacna, en sus principales líneas, sin entrar en detalles anecdóticos. Fué batalla de grandes consecuencias, y una de las mayores libradas en Sudamérica por el número de combatientes. Debe ser considerada en relación con las dificultades de la marcha desde Ilo y entonces aparece como la coronación de una empresa verdaderamente gigantesca. Pocas veces en la historia se habrá presentado un esfuerzo mayor en relación con los medios, y pocas veces un ejército habrá dado pruebas de mayor energía que la que reveló el de Chile venciendo el desierto tórrido y helado, seco hasta la desesperación, enfermizo y traidor. El combate no reviste sus verdaderas proporciones sino cuando se medita en la situación de los aliados, en la fortaleza de sus líneas, en el glacis del frente, en el suelo estudiado como un tablero de ajedrez, y entonces adquiere todo su relieve la pujanza de los 6.500 reclutas que arrollaron todos los obstáculos, porque no debe olvidarse que la reserva no entró al fuego ni tampoco la mayor parte de la caballería.